

Carlos Vicuña

## Sobre las proposiciones predicativas



IGO en mi Tratado Elemental de Análisis Lógico de la Proposición Castellana:

«30. En las proposiciones predicativas el verbo no es el atributo porque no contiene la idea que queremos decir del sujeto. Cuando digo el león es fiero, no quiero decir del león que es, sino que deseo expresar de él la idea de fiereza. El verbo *ser* en tal caso es una mera cópula que une el sujeto con el predicado.

«31. La Gramática tradicional no acepta este sencillo modo de ver, y pretende que el atributo es el verbo *ser*, modificado por el predicado. Para convenirse de que esto es un error basta observar. 1.º que el verbo *ser* en tales frases predicativas no tiene ningún significado especial (fuera de los significados secundarios de tiempo, modo, número y persona, propios de todo verbo), y como el atributo es lo que se dice del sujeto, lo que nada dice no puede ser atributo; 2.º con el mismo verbo *ser* podemos poner los predicados más contradictorios (Juan es bueno, Juan es

malo; Juan es justo, Juan es injusto), lo que muestra claramente que no es el verbo *ser* lo que decimos del sujeto; 3.º que puede estar tácito el verbo *ser*, lo que no podría ocurrir jamás si fuese el atributo, porque el atributo contiene la comunicación que la primera persona hace a la segunda; el atributo es precisamente lo que se dice, y no es posible suponer que lo que se diga, se calle. «Nada encontré a mi placer: la casa abandonada, el huerto seco, los perros hostiles». Hay un libro que se llama «Cada hombre un rey». Está tácito *es*, *será*, *debe ser*, *puede ser* pero no podría estar tácita la frase «un rey»; 4.º que hay lenguas, como el hebreo, en que la cópula *ser* no existe; 5.º que *modificar* en Gramática significa alterar, cambiar o limitar el significado de una palabra, y no significando nada el verbo *ser* mal puede el predicado modificarlo.

Esta disquisición no es ociosa, porque el análisis lógico tiene por principal objeto ejercitar la inteligencia y no se ejercita en modo alguno haciendo que los niños acepten errores o repitan teorías incomprensibles».

El distinguido profesor universitario don Claudio Rosales Y., no ve en la disquisición del número 31 de mi texto sino un «brillante juego de prestidigitación» («Atenea», año XIII, tomo XXXIV, N.º 130, abril de 1936, páginas 5 y siguientes). Su disertación, aunque muy instructiva, no es, a mi juicio, convincente.

Su primera razón es que hay variedad de interpretación entre los lógicos y gramáticos sobre proposiciones como ésta: la nieve es blanca. Esta variedad no prueba cosa alguna, ni es signo de certeza para nadie, ya que la verdad objetiva es independiente de las concepciones que sobre ella nos formamos.

La segunda razón es que, omitida la cópula, el juicio desaparece: decir nieve blanca no significa sostener que la nieve tiene ese color. Es verdad; pero yo no he dicho jamás que una asimilación como nieve blanca, que contiene una sola idea, una imagen sustantiva, una verdadera fusión de conceptos, equivalga al juicio la nieve es blanca. Lo que yo he dicho es que un juicio tal como la casa está triste, los hombres son o se muestran o se mostraron hostiles, etc., admiten fácilmente la omisión del elemento copulativo, lo que no podría ocurrir si ese elemento fuera el atributo, esto es, lo esencial de la comunicación verbal. Más aún esta omisión deja en una incertidumbre bastante grande el elemento copulativo omitido: su tiempo y su modo, su permanencia y hasta otros elementos característicos, tales como el esfuerzo o voluntad del sujeto, y la realidad o mera apariencia del atributo. Si digo: «hijo mío, cuán amarga es mi vejez: mis propios hijos, enemigos de su patria», la frase última es una verdadera oración sin verbo, sin cópula verbal, y la que podemos suplir afecta formas múltiples, a pesar de la enérgica precisión de la sentencia. Podemos pensar en son,

se muestran, aparecen, se manifiestan, se han hecho, han sido, se mostraron, son considerados, se han manifestado, etc. La omisión del verdadero atributo lógico es absurda; su incertidumbre, inadmisibile.

No deben confundirse las oraciones, que representan un pensamiento binario, con las exclamaciones, que sólo expresan sentimiento. En el lenguaje de los niños, en la poesía, en las interrupciones de los diálogos, en las expresiones admirativas o pasionales, es muy común la palabra sustantiva aislada, de sentido completo; pero ella no expresa un juicio, sino un estado de alma singular, una contemplación concreta o abstracta, a menudo ininteligible, sin explicaciones ulteriores, para el que escucha. El niño que en «Los Miserables» de Víctor Hugo monologa diciendo: el martes, sí el martes, se entiende a sí mismo, pero no se hace entender de los que están junto a él, los cuales deben recurrir a la interpretación, como cuando se profieren medias palabras o cabos de frases cuyo sentido completan el gesto o las circunstancias.

La tercera razón es que preguntándose, por ejemplo, ¿quién es el defensor de esta tesis? tiene un evidente sentido conceptual la respuesta yo soy. Ello no prueba nada sin embargo, porque es claro que el defensor de esta tesis en un predicado tácito evidente, tácito porque acaba de enunciarse. La respuesta pudo haber sido con la misma claridad un sim-

ple yo. La respuesta, en casos análogos, con el mero pronombre, es la más corriente. Si preguntándose ¿quién se ha robado los vasos? se contesta yo, tú, ella, etc., la respuesta es tan completa lógicamente como si se dijera yo fui, tú has sido, ella fué. El verbo sólo agrega énfasis, como el pronombre mismo, por ejemplo: ¿quién ha gritado más fuerte que nadie?, tú mismo, papá.

La cuarta razón es que la cópula no puede omitirse sino en el mismo caso que los demás verbos; cuando se ha hecho mención precedente de él. Pero ello no es así. En el ejemplo que doy en el texto se calla la cópula varias veces sin haberla antes mencionado. Se pueden multiplicar los ejemplos: ¿Callaría aquella mujer? Problema; pretendían los soldados imponer su voluntad al Presidente: situación delicada y peligrosa; se batió como un héroe en circunstancias particularmente penosas: los soldados hambrientos, las armas enmohecidas, los campesinos irritados, el enemigo soberbio y superior en número, pertrechos y caballos. La cópula tácita no corresponde a ninguno de los elementos expresados. En viejos refranes españoles aparecen a menudo callados otros elementos copulativos: entre santa y santo, muralla de cal y canto; en casa del herrero, cuchillo de palo; de dineros y

bondades, la mitad de las mitades; al enemigo que huye, puente de plata.

Tampoco puede compararse el título cada hombre un rey; cuyo sentido es completo y claro, con otros citados por el señor Rosales, como «Del rey abajo, ninguno», «Por la puerta, Juana» y muchos otros. Estos títulos son oscuros, su contenido verdadero no puede saberse sino leyendo el libro: no importan un juicio, sino una alusión a alguna idea o pasaje del texto. No pasa lo mismo con «A buen juez mejor testigo» en que el pensamiento es claro aunque el verbo omitido (hay, corresponde, etc.), es incierto, precisamente porque no contiene el atributo. En este caso más que un juicio hay una antítesis de oposición de elementos sustantivos que no se identifican.

No me parece tampoco exacto que los significados secundarios de número, persona, tiempo y modo hayan de agregarse necesariamente al predicado: según Bello, cuya opinión me satisface, el número y la persona pertenecen al sujeto; el tiempo y el modo, al atributo.

Los elementos copulativos del lenguaje, que yo llamo en general nexos, son muchos más de lo que a primera vista uno creería. Son en general palabras degradadas, que han ido paulatinamente perdiendo su valor semántico, dejando de evocar en nosotros imágenes o nociones, para desempeñar un papel puramente lógico. Esta función lógica, de unir o enlazar las palabras y las frases, es muy importante sin duda, pero no es el papel de las palabras llenas, portadoras

de imágenes, que expresan el atributo, el sujeto o los modificativos. Brunot las llama *des mots outils*, esto es, herramientas o instrumentos del lenguaje. Entre éstos no sólo los nexos, sino los artículos y muchos pronombres, como el *il* de la expresión francesa *il pleut*,

Puede, naturalmente, suceder que en esta degradación progresiva de las palabras más usadas de una lengua, algunas conserven restos de un significado anterior, siempre, o en ciertos casos, o que expresen, sino una imagen, al menos una relación, como pasa por ejemplo con el *si* condicional, el *aunque* concesivo y otras.

Otras razones del mismo estudio no prueban la tesis del señor Rosales, *verbi gratia* que en la misma situación de ser o estar en lo de acarrear predicados contradictorios estén otros verbos como *venir*, por ejemplo, porque tales verbos son también cópulas, aunque junten a esta función secundaria algún carácter atributivo.

Me parece, finalmente, que es erróneo hablar de que el predicado modifique al sujeto: el predicado se identifica con el sujeto, es otra forma más clara del sujeto, es una connotación, que la segunda persona no hallaba subentendida en el sujeto. Cuando digo *mi hermano es un abogado distinguido*, lo digo para el que pueda ignorarlo o negarlo. Esa es la función lógica del predicado. Naturalmente, esto no reza con las frases puramente retóricas, cuyos predica-

dos son meros epítetos; éstos vienen al discurso por una razón sentimental, para realzar un concepto conocido, avivándolo: las rosas son flores; las madres también son mujeres; mi pobre amigo también era mortal.

La asimilación del verbo *ser* a los transitivos no parece lícita: éstos ligan sujetos distintos, que conservan cada uno su individualidad, mientras el verbo *ser* acarrea una mera forma, parcial o total, del propio nominativo de la proposición.

Yo no veo inconveniente para que el predicado sea reproducido por lo: tú eres rico, yo no lo soy, ni tampoco para que la negación o distinción se exprese con un *no*, que puede ponerse al sujeto, al verbo, al predicado, a la cópula, al complemento directo, etc., según las circunstancias: no yo sino tú, has (o ha) replicado al general, tú no eres santo; ella era no muy buena; no al perro sino al gato le tocó el latigazo; no los higos se comieron los pájaros más la liga.

En inglés es común poner el *no* al sujeto: no descriptions, please; no man has come.

Tampoco es razón decisiva el que haya muchos casos en que el verbo *ser* conserve un valor ideológico; como pasa en las frases impersonales *asno se es de la cuna a la mortaja* (Cervantes). En este caso se es importa un idiotismo castellano en que el *se* vale por un sujeto indeterminado. En francés se dice

en tal caso: *on est*, los ingleses prefieren el pronombre de segunda persona; *when you are cold, you must go to bed*, cuando se está resfriado hay que echarse a la cama.

No debe olvidarse que aun quedan en español frases en que *ser* expresa la existencia, *yo soy el que soy*; *pienso, luego soy*; no son todos los que están ni están todos los que son; pero esta circunstancia no prueba que cuando digo *mi perro es bravo*, el juicio que expreso de mi perro esté contenido en el verbo *es*. Tal afirmación contradice la evidencia.